

ART. IV.

La guerra y la paz de la verdadera mansedumbre.

Importa unir al mismo tiempo la guerra y la paz : la primera con el mundo, la segunda con los hombres. Ataquemos los escándalos del siglo, mas vivamos en concordia con los autores de estos escándalos, y tengamos paz con los que la aborrecen, con los que nos hacen la guerra y nos injurian : *Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus* (Psalm. 119, 6). Seamos los ministros de un Dios que se denomina principe de la paz; que, desde el primer momento de su nacimiento en la tierra, quiso que sus ángeles entonasen el himno de paz; que mandó que entrásemos siempre en las casas con el dulce saludo de paz. ¡O paz bella y santa! Por conservarla hagámonos la guerra á nosotros mismos; renunciemos á nuestras opiniones, sacrifiquemos nuestros intereses, humillemos nuestra voluntad, mas reine la buena armonia entre nosotros y nuestros hermanos. Amemoslos si nos odian, saludémoslos con la sonrisa de paz si nos persiguen. Tal vez podrá costar todo esto á nuestra naturaleza, mas tendremos la paz del Señor : *que exsuperat omnem sensum*. No quiere decir esto que debemos adular los mundanos en sus desórdenes, ni abandonar los huérfanos, viudas y menesterosos, pues no es tal la paz que nos ha dejado el Señor. Esta es completamente diferente de la que da el mundo cuando se acaricia sus apetitos é inclinaciones, sino la paz de la justicia, la que odia el pecado y ama el pecador, la que conmueve los corazones mas empedernidos. Los pacíficos son los due-

ños de la tierra, los fuertes, los sabios, y con la tranquila elevacion de sus sentimientos, todo lo dominan, si bien se humillan y se ponen bajo de todo, pues Dios habita en sus corazones y de su gracia los llena.

CAPITULO XXX.

DE LA PACIENCIA DE LOS ECLESIASTICOS.

ARTÍCULO I.

Es necesario padecer.

Tal es la primera necesidad del hombre. Hijo de Adan, nace en el pecado y en las penas que trae este consigo. Sea cual fuere el estado ó condicion que podamos imaginar en la tierra, nunca hallaremos ninguna en que exento se halle de pena el hombre, y desde su primer grito hasta la tumba, todo es un continuo dolor. Nuestras aflicciones son efecto y pena del primer pecado, y ley de nuestra naturaleza prevaricada.

Ademas este continuo padecer es obligacion del cristiano. En efecto, Jesucristo, en su Evangelio, habla continuamente de cruces, desprendimientos, persecuciones, padecimientos, muertes, para todos los que quieren ser admitidos en el número de sus discipulos; de modo que, para vivir segun el Evangelio, debe un cristiano vivir en un ejercicio continuo de paciencia.

Agréguese á lo dicho que es el sufrir una condicion

del sacerdocio, y sobre todo de los pastores, pues están establecidos para declarar la guerra al demonio. Las enfermedades del cuerpo, la muerte de nuestros amigos y parientes, los reveses de la fortuna, las privaciones de la pobreza, son males que como los demas fieles sufrimos; mas las contradicciones, las persecuciones, las aflicciones del zelo, los afanes del espíritu, llenan el caliz que debe beber el ministro de Jesucristo. La cruz es el patrimonio de nuestro ministerio, y un pastor no debe pensar en eximirse. Desde el momento que tomó á su cargo el oficio pastoral debe considerarse como una víctima en el altar de Jesucristo, pues, como dice san Francisco de Sales, no debe abrazar nuestro santo ministerio el que no se halla presto á sobrellevar mil sinsabores y trabajos. Dios exige una paciencia especial de sus pastores sagrados, como que siendo padres del rebaño deben tener dientes para mascar el pan duro del dolor y la afliccion. Vemos que los mas irrepreensibles entre los sacerdotes son á menudo víctimas de la maledicencia, calumnia y malos tratos, y los sacrificios que se imponen por el bien del pueblo se vuelven otros tantos manantiales del ojeriza. No podemos pensar en los deberes mas esenciales del sacerdocio sin tener presente á nuestros ojos los peligros y aflicciones que le acompañan. Los que no tienen que sufrir deben temer el no ser fieles siervos de Jesucristo.

Tambien es esta la herencia de los predestinados, de cuyo gefe, dijo el profeta que seria el hombre de dolores (Isai., 53, 3), y que sabria lo que es sufrir. No, no seremos dignos siervos suyos si no nos parecemos á este divino modelo, pues tan solo si somos conformes á su Hijo, nos destina Dios á la gloria eterna, y para entrar

en ella debemos renegarnos á nosotros mismos y tomar la cruz.

Repitamos aun : debemos padecer y sufrir. Tal es lo que debemos tener presente y repetir unos á otros. No olvidemos que el divino Maestro dijo á sus apóstoles : *Qui vult venire post me abneget semetipsum, tollat crucem suam, et sequatur me* (Math., 10, 24). Esta santa palabra nos la han trasmitido los apóstoles, y solo bajo este sagrado estandarte podemos militar con Jesucristo.

O, nosotros mismos somos la causa de nuestros males, lo que á menudo acontece, pues por nuestros apetitos nos acarreamos mil sinsabores, y no por el servicio de Dios; y en este caso nos debemos humillar ante el Señor, y dar con nuestra humildad buen ejemplo á los hombres, no habiendo mejor penitencia que la de sufrir los males que Dios permite que vengan en nosotros á consecuencia de nuestra conducta relajada ó insensata.

O bien, no hemos ocasionado nuestros males, pero resultan de los accidentes de la vida humana, y de las contradicciones de los hombres; y entonces debemos sufrirlos con placidez de voluntad, aunque no procedan directamente por culpa nuestra, creyendo que Dios nos los envia para que nos purguemos en esta vida de nuestros pecados.

O bien, por último, sufrimos persecuciones por la misma justicia y por la gloria de Dios, y entonces conviene padecer con júbilo, pues, como dice san Pedro (1 Pet., c. 3, 17), mas vale sufrir haciendo bien que haciendo mal, y Jesucristo llama *bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia* (Math., 5, 9), esto es por el bien que hacen.

ART. II.

La paciencia de Jesucristo y de sus santos confunde nuestros lamentos.

Sacerdotes que suspirais bajo el peso de vuestros trabajos, ¿no alzais nunca los ojos á Jesucristo? ¿No os parece que desde la cruz intima silencio á vuestros lamentos con las palabras del profeta : *Volved á mi los ojos, confundios y poned vuestro dedo en la boca?* Preseñdiendo de los dolores é ignominias indecibles que sufrió en el dia de su muerte, ¿qué cosa no padeció en los tres años de predicacion evangélica, este Hombre Dios tan humilde, tan manso, tan piadoso? ¿Qué no sufrió en medio del esplendor de sus prodigios y de las dulzuras de su beneficencia? Su palabra no fué escuchada, sus discursos llenos de contradicciones, burladas sus profecias, calumniada su persona, acusado nada menos que de seductor, blasfemador, demoniaco, espulsado de Nazaret como oprobio de su patria; Samaria le cierra sus puertas, el pueblo quiere apedrearlo, tiene que huir para evitar el odio de los Fariseos, que lo buscan para darle la muerte, se ve vendido por uno de sus discipulos, abandonado por los demas, pospuesto á Barrabás, crucificado entre dos facinerosos... ¡Oh! hermanos míos sacerdotes, ¿cómo podremos, á vista de estos ejemplos, negarnos á sufrir una palabra, á tolerar un desprecio, perdonar una injuria imaginaria á veces de parte de aquellos que debemos compadecer como hijos?

El Señor, despues de haber padecido él mismo, quiso distribuir á sus elegidos una porcion de su caliz, segun la medida de su fuerza y de su gracia, para que cada

uno, como dice san Pablo (*Coloss.*, c. 1, 24), cumpla en sí mismo lo que queda que sufrir á Jesucristo en la persona de sus miembros. Los santos satisficieron á todos estos deberes, como nos lo atestiguan los Crisóstomos, Atanasios, Borromeos, Saverios, Cayetanos, Felipes, etc. *Potestis bibere calicem* (*Math.*, 20, 22). Tambien es vuestro caliz, pastores pusilánimes, que al primer soplo de una contradiccion ligera, llenais el aire de vuestros lamentos; ¿cómo osais esperar ser privilegiados entre los siervos de Dios y entrar en su gloria sin ser partícipes de sus tormentos?

ART. III.

Gracia de Dios es el padecer.

Los hombres dan como pruebas, á los que aman, de sus buenos sentimientos, beneficios que tan solo sirven para fomentar y corromper su vanidad; mas Dios, que conoce lo mas profundo de nuestra alma y la corrupcion de nuestro corazon, nos purifica por medio de las aflicciones, como se purifica el oro en el crisol. La bondad de Dios, decia san Vicente de Paula, nos trata con misericordia cuando permite que caigamos en la humillacion y seamos victimas de la maledicencia, y miraba el santo como cercanos de la perdicion, aquellos á quienes todo sale bien y que ninguna contradiccion tienen que sufrir. Asi, en un tiempo en que no se dignaba el Señor visitarlo con tribulacion, se hallaba inquieto por sí mismo y por los de su congregacion : *Esta gran calma*, decia, *me desazona, pues Dios acostumbra á ejercer á los que le sirven y castigar los que le aman*. En efecto, si Dios

aflige sus siervos, es porque tiene para con ellos designios de misericordia, y los que padecen son amados del cielo, sobre todo si padecen tribulacion sobre tribulacion. Un solo dia de tentacion produce mas méritos que muchos dias de tranquilidad, y esto inducia á decir á san Felipe que la mayor tribulacion que pueda suceder á un siervo de Dios, es no tener tribulacion. Y, como algunos se lamentasen de no poder aguantar la adversidad, les reprendia diciendo : *Decid que no sois dignos de un bien tan grande como es que el Señor os visite, no habiendo argumento mas cierto, mas claro, del amor de Dios que la adversidad.*

Acepta voluntariamente lo que te suceda, dice el eclesiástico (*Ecles.*, c. 2, v. 4, 5). Tolera el dolor, lleva con paciencia la humillacion, pues, así como se prueba el oro y la plata por el fuego, así los hombres en la fragua de la humillacion. En ella despoja el Señor nuestras almas del orin que las empaña. Cuando los males atormentan á los buenos, se pierden y consumen á sí mismos, purificando y santificando el alma de los justos, como la paja, dice san Agustin, se consume purificando el oro.

Nada hay tan propicio para hacer medrar la virtud como las aflicciones, y, como decia una santa, vale mas una onza de cruz que un millon de libras de oraciones. Por medio de ellas avanzan los elegidos en la gracia del Señor y al cielo se elevan, como por las aguas del diluvio el arca de Noé. Dios se sirve de la adversidad para hacernos entrar en nuestro deber, para apartarnos del pecado y llenarnos de sus dones. Nuestros males sirven para espiar nuestras culpas, para satisfacer la justicia de Dios, para purificar nuestros corazones, para hacernos progresar en la via de Jesucristo, y ponernos en es-

tado de recibir sus recompensas. Mas para comprender toda la gracia de las tribulaciones, conviene oír á san Juan Crisóstomo, que, con su acostumbrada elocuencia, pinta lo meritorio que es padecer, sobre todo por la justicia (*Serm. 4, in ep. ad Philipp.*).

« Esta gracia que Dios concede de poder sufrir por Jesucristo, es mas admirable que resucitar los muertos
« y operar los mayores milagros; pues en estas obras
« portentosas deudores somos á Dios de los dones que
« en nosotros confiere; mientras que en nuestras desazones y adversidades, el mismo Dios es nuestro deudor.
« Así pues, en vez de afligirnos, debemos alegrarnos sobremedida al padecer, como que es gracia que el Señor
« nos depara.

« No, hermanos míos, dice en otro pasage (*Serm. 8, in ep. ad Ephes.*), no hay felicidad comparable á la
« de ser maltratado por Jesucristo. Si tan venturoso encuentro á san Pablo, no es porque fué arrebatado al
« cielo, sino porque fué encadenado; y en este punto
« soy del parecer del apóstol. Mas para que veais cuan glorioso es á un siervo de Jesucristo el ser maltratado,
« escuchad las palabras del divino Maestro: ¿Cómo seréis dichosos? ¿Porqué resuscitareis los muertos? No.
« ¿Porqué dareis la vista á los ciegos? Tampoco. ¿Cómo
« pues sereis dichosos? Cuando os odian los hombres,
« cuando os llenarán de ultrages, cuando os perseguirán,
« cuando dirán de vosotros toda clase de males á causa de mí. Y por esto, hermanos, os lo repito: es un
« gran don, una gran gracia, el sufrir por Jesucristo,
« y este sufrir lo prefiero al poder detener el sol y la luna en su carrera, ó sacudir los fundamentos de la
« tierra; lo prefiero á un imperio soberano sobre los de-

« monios, los cuales quedan menos confundidos cuando « los arrojamus con la fuerza de nuestra fe, que cuando « nos ven maltratados por Jesucristo. »

ART. IV.

Las tribulaciones producen grandes bienes.

En las obras del Señor, padecemos las contradicciones del mundo y las persecuciones del infierno; mas si las empleamos como los santos, venceremos al demonio con los mismos medios que emplea en nuestra ruina. Las penas que sufrimos prendas son de los mayores bienes, y nunca logran mejor éxito nuestras fatigas que cuando repugnan á nuestra naturaleza. Las tribulaciones nos dan las gracias necesarias para operar las buenas obras, como lo vemos en las vidas de los santos, los cuales, mas constantes en aguantar, que sus enemigos en perseguir, obtuvieron siempre la calma despues de la borrasca, y la bendicion y prosperidad de la empresa despues del trabajo de la persecucion.

En las mismas cosas temporales, no permite nuestro buen Dios una desgracia que no prepare pronto una gracia, y nunca se halla mas cercano el consuelo que cuando hemos sufrido una tribulacion. El Señor se aplaca y se conmueve al ver nuestra humilde paciencia en la adversidad, y tal cual tierno padre se apresura á acudir á socorrernos y consolarnos. *Dejadlo*, decia David cuando le arrojaba piedras el temerario Semei, *dejadlo que me maldiga pues tal es la voluntad del Señor; tal vez mirará el Señor mi afliccion, y me dará algun bien por las maldiciones que hoy recibo* (2 Reg., 16, 12). Se puede de-

cir en un sentido verdadero, que, desde este momento, vencido quedó el rebelde Absalon, y que mas ayudaron á David los insultos del Semei que un ejército entero.

En todos los males, el dolor confina y se termina en gozo. *El hombre paciente padece hasta cierto tiempo, y despues le es dado el júbilo*. Ni permite nunca Dios que afligidos y tentados seamos mas allá de nuestras fuerzas; y como decia san Felipe, *acostumbra tejer la vida humana con una pena y un consuelo á lo menos interior*; en términos que cuando manda Dios al hombre una felicidad extraordinaria, debe prepararse á alguna grave tribulacion, y, viceversa, cuando se halla en la profunda afliccion, cercano se halla del consuelo y la dicha.

El Señor es quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones, y este consuelo no sucede solamente despues de la tribulacion, sino reina en el corazon de los afligidos durante la misma amargura que en júbilo se convierte. Los santos probaron cuan dulce es sufrir por Jesucristo, y mientras mas se afligian en el Señor, tanto mas el Señor derramaba en ellos sus inefables dulzuras. ¿ Quien no conoce las penas y dolores del apóstol de las Indias? Mas entretanto decia: *No me deis, ó Señor, tantos consuelos en esta vida*.

Finalmente las tribulaciones de este mundo anuncian la beatitud eterna, y por esto dice san Gregorio, que las almas de los elegidos son tan solo transparentes en el edificio celestial, cuando despues de haber sido labradas en este mundo á fuerza de martillo. Una tribulacion momentánea y ligera produce en nosotros un peso de gloria eterna. Las desazones y penas de esta vida son nada en comparacion de la gloria preparada por Dios en su casa para todos los que llegan á ella en alas de la tri-

bulacion : *Bienaventurados los que lloran poraue ellos serán consolados* (Math., 5, 5).

ART. V.

Cual debe ser, y en qué debe consistir nuestra paciencia en los males de esta vida.

Debemos apuntalar nuestra paciencia sobre tres principios ; que toda pena nos viene por voluntad de Dios permisiva ó absoluta : *Si est malum in civitate quod non fecerit Dominus* ; que si Dios aflige sus siervos es porque tiene en ellos grandes designios de misericordia ; que Dios no permite que seamos tentados mas allá de nuestras fuerzas. Segun estos principios debemos regularizar nuestra paciencia segun las consideraciones siguientes.

Disminuirnos siempre á nosotros mismos nuestros males. Nuestro amor propio acostumbra engrandecer siempre los agravios que recibimos, mas á menudo son meras niñerías que llorar nos hacen porque somos niños en la virtud. Procuremos que menguen á nuestra calurosa imaginacion los ultrages ó desaires que nos acontecen y que nos forjamos tantas veces, ó mirémoslos bajo el punto de vista mas consolador, pensando en tal ó tal buena calidad de la persona que nos ha ofendido, ó algun servicio de amistad que de ella recibimos en otro tiempo.

Imputarnos á nosotros mismos nuestros males. En efecto de ellos somos origen ú ocasion, y, á lo menos de nuestros pecados somos autores ; así si nos lamentamos, que sea contra nosotros mismos, y sean nuestros lamentos los del profeta Miqueas : *Iram Domini portabo quo-*

niam peccavi ei (Mich., 7, 9) ; ó los del buen ladron : *Digna factis recipimus* (Luc., 23, 41). Y nada hay que mas apto sea para trocar el mal en bien que esta confesion humilde, como tambien para aplacar el enojo de Dios, que por este motivo *liberavit animam suam ne pergeret in interitum* (Job., 33, 28). Con tales sentimientos se humillaba el rey David y se castigaba á si mismo en medio de sus tribulaciones : *Mientras que me molestaban me cubri de cilicio, y humillé mi alma con el ayuno* (Psalm. 34, 13).

No lamentarse en los males. Es pecado el lamentarse, decia san Francisco de Sales, pues prueba poca docilidad y paciencia para con Dios en las ofensas que recibimos, merecidas ó no ; pues Dios es quien, permisiva ó absolutamente, se sirve de la malicia de los hombres para corregirnos y excitarnos á la virtud. Por legitimo que sea el lamentarse arguye siempre amor propio, y las quejas prolongadas es señal infalible no solo de amor propio sino de cobardia manifiesta. Mas vale que de ningun modo nos quejemos, ni aun siquiera como desahogo ó consuelo en el seno de un amigo, y que ni aun siquiera contemos nuestras cuitas á nuestro padre espiritual, á menos que así lo exijan las circunstancias. Así lo verificó san Francisco de Sales, que se privó en una ocasion del consuelo de abrir su alma á su querido amigo monseñor de Belley. Todo lo que podemos hacer es hablar con nuestro Padre celestial, reconociendo humildemente su mano con el santo rey David : *Callé y no abrí la boca, pues vos mismo, Señor, habeis permitido que este golpe me sucediera* (Psalm. 63, 2).

Callarse sin defenderse en los males. — *No os defendais, carísimos hermanos, mas dad lugar á la ira*

(Rom. 12, 19). Antes bien confesad vuestras culpas, pidiendo por ellas perdón á Dios y á los hombres, y dando gracias á los que os las echan en cara, si bien de un modo poco agradable. Si os calumnian y vuestro silencio pudiera dar mal ejemplo al prójimo, dad testimonio de la verdad, respondiendo de un modo pacífico que no hay tal, y que de otro modo ha pasado la cosa. Y si, á pesar de esto, se prolonga la calumnia, ó la persecucion, no hay que ir mas lejos y se debe dejar obrar á Dios. Si el vituperio ó tacha, aunque injusta, pudiera hacer poca mella en el público y apenas un ligero escándalo pasivo de naturaleza á desvanecerse pronto, no os defendais, sino guardad silencio, dejando al Señor el cuidado de vuestra defensa, y consolándoos con las palabras del santo (Psalm. 37, 45) : *Me he vuelto como un hombre que no tiene orejas para oír, ni boca para responder. Importa ir á Dios per infamiam et bonam famam.*

Responder bien á quien nos dice mal. Si queremos responder algo á las calumnias ó malos tratos de nuestros hermanos, podemos darles una de estas respuestas que daban los santos : *Dios os perdone... Dios os haga santo... Si nunca os hubiereis amado, ahora empezaria á amaros... Creo que el Espíritu santo habla por esas bocas... Roguemos al Señor por los que así emplea en nuestra salvacion... Dios permite esta persecucion para hacerme humilde y paciente, y cesará cuando estaré bien mortificado y haya sacado el fruto... Debemos tolerar lo que tolera Dios.* Cuando se decia á san Francisco de Sales que se habia hablado mal de él, respondia : *¿ Nada mas que eso dicen ? Bien veo que no lo saben todo. Esas personas me lisonjean pues mucho dejan que contar.*

No evitar las tribulaciones. No os obstineis en huir de los lugares y personas que os afligen, pues en otros lugares; y en otra compañía hallareis la cruz que creisteis huir. Permaneced firme en la tentacion hasta que pase, no sea que vuestra fuga cause escándalo y tribulacion á otros, ó mayor tribulacion á vos mismo.

Sufrir con ánimo superior. Solo en las contradicciones se conoce la sólida virtud. *La sabiduria de un hombre se conoce por su paciencia* (Prov. 19, 11). Los hombres del siglo buscan la ciencia para ser doctos, pero los sacerdotes deben buscarla para no saber mas que Jesucristo, y aun crucificado. La gloria de los sacerdotes consiste en tolerar y olvidar las injurias. Los que estan instruidos en esta ciencia de sufrir, no solo no se ofenden por los malos tratamientos, sino que ni aun siquiera piensan en ellos, recibiendo el mal como si no lo fuera, y de este modo se cambia en bien supremo.

Consolarse en nuestros males. Despues de haber sufrido con paciencia, sufriremos con alegría y consuelo. Tal será el fruto de nuestra constancia en sobrellevar los males, y tal es la gracia que suele el Señor conceder á sus siervos, despues de haberlos encontrado dignos. San Felipe que pedia al Señor le concediese la santa paciencia, oyó una voz interior que le dijo : *Te la daré, mas quiero que con el trabajo tú la ganes.* Dios, despues de haber dejado beber á sus siervos una parte del caliz que les destina, permite que placer y joya encuentren en estas mismas tribulaciones. *Hace algun tiempo, decia san Francisco de Sales, que las numerosas oposiciones y contradicciones secretas que para quitarme la tranquilidad se coligaron, me dan tan dulce y suave paz, que nada hay que la iguale.* A este grado ó á esta gracia ha-

ha llegado san Pablo cuando escribía : *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra* (Corint. 2, c. 7, 4). A este mismo grado llegaron todos los santos, y debemos esperar y orar para llegar á él con la paciencia en nuestros trabajos.

Dar gracias á Dios por nuestros males. Si conociésemos el tesoro que es para un alma la tribulacion, no nos seria dificil el dar gracias al Padre celestial. ¿Sufres algun mal? decia san Juan Crisóstomo (*Hom. 8*)? Desde que tú querrás, cesará de serlo. Da gracias al Señor y todo mal se cambiará en bien. Nada hay mas santo que un alma que da gracias al Señor en sus males. *Mas vale un gracias á Dios, un bendito sea Dios en la adversidad, que miles actos de gratitud en la prosperidad,* decia el padre maestro Dávila.

Volver bien por mal. Finalmente la buena paciencia se ve en las obras. Bueno es compadecer, callar, sufrir; mas lo mejor es hacer. Debemos bendecir á los que nos maldicen, rogar por los que nos persiguen, ofrecer la mejilla izquierda al que nos hubiere herido en la derecha, ceder la túnica al que nos despoja de la capa, hacer toda clase de bien á los que nos hacen toda clase de mal (*Rom. 12, v. 17, 21*). A nadie volvamos mal por mal, sino procuremos hacer cosas buenas. No nos dejemos vencer por el mal, sino por el bien venzamos el mal. Este es el mejor modo de vengarnos de nuestros enemigos, escribía Saverio, esto es, *aplacar mediante sus persecuciones la ira de Dios, y hacerles todo el bien que esté de nuestra parte.* Una conducta uniforme é irreprochable, el aguantar con paciencia las injurias, acusaciones y calumnias, el hacer bien á los que nos hacen mal, tiene tanta fuerza en la mayor parte de los hombres, que

os menos sensatos se ven obligados á callar no esperando que nadie preste oído á sus maledicencias; y la confusion que les resulta, los obliga á entrar en sentimientos de compuncion y arrepentimiento. Por este motivo, nos dice el apóstol san Pedro (1 Pet., c. 2, 15), que *cerremos la boca á los hombres ignorantes, desprovistos de sensatez,* esto es, á los mundanos que no conocen á Dios ni los deberes del sacerdocio, y no cesan de ultrajarlo con calumnias y murmuraciones.

ART. IV.

De los fines por los cuales debemos sufrir los males para que útiles sean.

La religion nos descubre el origen de nuestros males, y al mismo tiempo nos enseña el modo de utilizarlos, dándonos el poder maravilloso de sacar bien de estos mismos males y formar un tesoro de méritos de los efectos de nuestros pecados.

Se puede sufrir con paciencia sin mérito alguno, pues hay una paciencia completamente humana, la cual no converge á ningun fin, y sobrelleva indiferentemente las desgracias sin mas motivo que el orgullo ó necesidad, paciencia que nos enseña á tranquilizarnos, pues nuestros inquietudes y esfuerzos para evitar los males tan solo sirven á veces para darles aumento y encono. Mas la paciencia que convierte en riquezas nuestras pérdidas, y en méritos las penas de nuestros pecados, es la que tiene á Jesucristo por objeto, y que se llama *paciencia cristiana.* La verdadera sabiduría debe obligarnos á no prescindir de tan precioso secreto que en corona de perlas trueca nuestra corona de espinas.

Debemos sufrir por Jesucristo, esto es aguantar á causa de nuestro Salvador, y con el objeto de agradarle, las contradicciones de que sembrada está esta mísera vida; y este pensamiento importa que siempre lo tengamos presente. Suframos y callemos por Jesucristo y para complacerlo; no que se complazca el Señor en nuestras penas, sino en que seamos pacientes y resignados por su amor. Tengamos paciencia para cumplir la voluntad de nuestro Dios, corresponder á sus designios, y asemejarnos á Jesucristo crucificado que, por su pasión y muerte, operó nuestra redención. Tengamos paciencia para no ofender en nuestras penas un Dios que tanto padeció por nosotros; para glorificar á nuestro Salvador ofreciéndonos víctima de humillación en su presencia; para honrar su providencia resignándonos á sus divinas disposiciones; para aplacar su justicia expiando así nuestros pecados, y los de los fieles; para merecer su misericordia; para no despreciar sus visitas; para no negarnos á sus amorosas caricias, pues tales son las aflicciones.

Fines son estos que santifican nuestros males y los cambian en verdaderos bienes. El gusto que damos al Señor al sufrir por su amor, producirá en nosotros mismos un verdadero gusto de sufrir por tan santo fin; y así en las penas que padeceremos por Jesucristo hallaremos un tesoro de consuelo para esta vida y de recompensas para la eterna.

CAPITULO XXXI.

DEL BUEN EJEMPLO DE LOS ECLESIASTICOS.

ARTÍCULO I.

Deber del buen ejemplo en los eclesiásticos.

Una ciudad situada en una montaña elevada no puede estar oculta (Math., 5, 14). Colocados en la eminencia del sacerdocio para ser vistos de todo el pueblo, debemos presentarles en nuestra vida un vivo ejemplar por el cual pueda regularizar sus acciones y reformar su conducta. Elevados al ministerio de almas, debemos guardarnos de presentarles en nuestra conducta ejemplo alguno que no puedan imitar, pues no podemos escondernos en parage tan alto. Así lo ha dicho el Salvador: *Vosotros sois la luz del mundo*: establecidos para dominar al mundo debe nuestro fulgor ser igual al de los astros, pues somos entre los hombres astros del cielo: *Inter quos lucetis sicut luminaria in caelo* (Philipp., 2, 15). Debemos resplandecer entre los hombres de modo que no solo nada tenga el gremio de los fieles que decir ó pensar de nosotros, sino que pueda seguirnos en todas partes con su mirada, y encontrar en nuestra vida lo que debe imitar. Siendo nuestro deber edificar nuestra grey, para que al ver nuestras buenas obras glorifiquen á su padre que está en los cielos, debemos presentar tanta